

ordinario confesores que blandeasen, en daño suyo y de los penitentes. Pero ahora que salian estos decretos, de parecer de tantos hombres doctos y santos, ni los confesores ni los penitentes se atreuián a contradecirlos. Y assi fue trabajo de mucha importancia, y en pocos dias se echó de ver la nueva luz que a las islas hauia llegado y de quanto cuidado y sauideria era el nuevo pastor y esposo de aquella Igleſsia. Mucho edificaua el santo Obispo con su doctrina, pláticas y sermones, como tan docto theologo y exelente predicador que era; pero mucho maior obra hacia con el exemplo de su vida, que era admirable, y daua mas poderosas voces en las almas de los que le veian sin poderla resistir, aun coraçones empedernidos. No mudó haitos, cama ni comida: los haitos eran de jerga, como los vsaua en Sto. Domingo de Mexico; la tunica de lana; la cama aun mas pobre que la de los muy pobres religiosos; la comida gueuos y pescado; la casa sin colgaduras ni adornos. Levantauase a media noche a reçar maitines, y tenia despues de ellos su oracion mental; y por no dar pesadumbre a quien le diese luz entonces, tenia yesca y pedernal y él sacaua lumbré y encendia, sin que para esto ni para acostarse ni leuantarse acudiese criado ninguno. Tenia muy particular deuocion a Ntra. Sra. del Rosario, como quien muchas veces hauia experimentado sus misericordias y faouores, y deseaua ver en todos asentada esta douocion; y quando hablaua desta materia parecia que se exedia a sí mismo, y algunos creian que hablaua en él Ntra. Sra., segun la grandeça de celestiales conceptos que en esta materia decia. Quando llegaron nuestros religiosos a Manilla, se alegró sumamente su alma y espiritu. Él los hospedó en su casa, y en ella los tuuo y regaló muchos dias. Hiçoles muy señaladas limosnas, buscolos sitio donde edificasen Conuento, y comprole y aiudó mucho para edificarle, sin sentirse pobre para estas y otras cosas semejantes; siendolo por extremo, no solo por la cortedad de la renta que tenia sin otra inteligencia ni camino por donde le pudiese venir cosa alguna, sino porque esto poco no hauia caido quando lo lleuauan los pobres, cuió era quanto adquiria, y assi siempre estaua alcançado sin faltarle jamas que dar. La conformidad que tuuo con la Diuina Magestad y el cuidado de parecer bien en los ojos del celestial Sr. fue grande, desseando siempre vnirse con Él intimamente, y assi procuró todo lo posible todas las virtudes, para con ellas asemejarse al diuino y verdadero exemplar; y para alcançarlas peleó varonilmente hasta vencer su natural, y para conseguir victoria de sí mismo multiplicó penitencias y aspereças. La paciencia que a todos le es muy conueniente, le era al Obispo mas necessaria, ofreciendosele a cada paso ocasiones de exercitarla. Y siendo de natural colerico y brioso, y estando de su parte la raçon, que siempre defendia, costauale mucho el rendirse y tener paciencia; pero de modo sujetó su natural, que quedó señor de él y se experimentó no solo en casos pensados y que dan lugar a preuenirse, sino en los subitos y repentinos en que los sufridos suelen alborotarse. Muchas veces oia que soldados enojados porque les iua a la mano en sus demasias le decian muchas, y él callaua, y como si no las oyera, pasaua delante con lo que importaua, sin hacer caso de impertinencias. Estando los Indios vejados y con trabajos y malos tratamientos, entró vn dia a hablar por ellos al gouernador, con el qual no solo no pudo negociar nada de lo que pretendia, sino que oyó del muy malas palabras, y aun poniendole las manos en el pecho le dio vn empellon. No se mudó el Obispo y saliose de la sala, y de alli a vn rato pareciendole que ya el gouernador estaria mas sosegado, voluio a entrar y con mucha serenidad de

rostro y blandura de coraçon y palabras, le dijo: Hinquese de rodillas, que no me sufre el coraçon dejalle en tan graue censura, y añadió: Por virtud de vn Breue del Summo Pontifice que para ello tengo, yo le absueluo desta grandissima censura y descomunión en que ha incurrido; y hecho esto se voluio a salir, y a vn clerigo que le acompañaua, le mandó so pena de excomunión que no descubriese a nadie lo que hauia pasado. En otra ocasion, vn eclesiastico a quien reprehendia el santo Obispo, le dijo muy indignado: que cómo le trataua mal sauiedo que era mejor que él. A lo qual el Obispo con mucho sosiego respondió: que se holgaua de tener en su obispado tan honrada persona. Con semejante blandura sufría los golpes de los que exercitauan su paciencia, dejando sus causas a Dios, y el Sr. voluía por ellas y castigaua rigurosamente a los que decian mal de tan santo Prelado. A España escriuieron contra él agunos, y antes que voluiese la respuesta la fueron ellos a dar ante el tribunal de Dios, acabando con muertes repentinas y desastradas. Esmerose grandemente en guardar la castidad y limpieça con que nacio, y como joya preciosa la estimaua mucho, haciendo muchas penitencias para defenderla de los asaltos de los enemigos continuos que la procuran destruir. Salio victoriosso y perseueró virgen toda su vida. Con todo eso, el mundo es tal, que tuuo el santo Obispo necesidad de purgarse en esta parte, y de voluer por sí y por la Dignidad que tenia; y vna vez celebrando el Santo Sacrificio de la Missa, con el Santissimo Sacramento en las manos, dijo, porque lo deuía de pedir assi la necesidad: que aquel manjar celestial fuesse para su condenacion si sentía en sí mancha de semejante culpa; y si los que contra él hablaron fueran solos seglares desconcertados. Pero no faltaron eclesiasticos que, viendo que el Obispo hacia recoger con gran cuidado las mugeres perdidas, haciendose ellos defensores de tan descompuestas personas, dijeran que: quien a tantas mugeres de mal viuir y hermosas recogia, encerraua y las oía en sus causas, tendria mano para escoger las que quisiese. Llegó a sus oidos este dicho, y la vengança que tomó fue encomendarlos al Sr. en la oracion con muchas veras, compadeciendose de ellos como de personas verdaderamente dignas de tenerles lástima: pues sin comparacion es maior el daño que el maldiciente se hace a sí que a la persona a quien agraua. Oyó el Sr. tan piadosas peticiones, y tocandoles en los coraçones, conocieron lo mal que hauian hablado, y con mucho arrepentimiento le vinieron a pedir perdon en sus cassas obispales, en presencia de los que en ellas viuian. Reciuíolos el Obispo con los braços abiertos, con abundancia de lágrimas, y tuuolos aquel dia por conuidados a su messa, que esta es la vengança que los santos dessean de sus enemigos: arrepentimiento de culpas nacido del conocimiento de sus yerros.

CAPITULO VEYNTE Y SEIS.

De otras virtudes del Santo Obispo Fray Domingo de Salaçar.

EL verdadero pastor de las almas, Christo Sr. Ntro, como celestial maestro y Sr. de las virtudes, aduirtió a los suyos que aprendiesen del a ser manssos, pácientes y humildes de coraçon. Arouechado dicipulo salió el Bdto. P. Fray Domingo de Salaçar en estas virtudes, como se ha visto en

lo referido de su vida; y para imitar en todo tan diuino exemplar, procuró guardar las instrucciones que el Sr. dió por S. Juan para ser buen Obispo y pastor de las almas. Y como notó S. Gregorio qui non dat pro obibus suis substantiam suam, quando pro his daturus est animan suam? el Obispo y Prelado que no da a los pobres limosna; el que con sus rentas no remedia las necesidades de sus obejas; el que es escasso en comunicar bienes temporales a los menesterosos; cómo dará su sangre y su vida por sus obejas? Consequencia evidente es, que quien no dá lo menos no dará lo mas. El santo Fray Domingo de Salaçar mostró claramente que la vida y sangre daria por la grey que tenia a su cargo; y quando no lo huuiera manifestado en los trabajos que passó por el bien de sus obejas, se colige por la caridad y piedad que con los pobres tuuo. No le sauia bien la comida ni la veuida que no se partia con los pobres, y assi todos los dias apartaua racion de su manjar, y poniendola a vn lado de la messa decia: ya sabeis para quien es esto, que eran los pobres: y los criados lo entendian assi y se lo dauan, y no solo sino acompañado de otras limosnas; y para mejor acudir a ello, tenian por orden del Obispo vna minuta de los pobres y necessitados de la Ciudad. Tenia preuenidos a sus criados, que para avisarle de las mugeres pobres que pedian limosna, si eran españolas le dijessen allí está vna dueña que pide limosna, ó si eran indias ó mestiças, le dijessen allí está vna muger: para sin verlas conocer su calidad, y socorrerlas conforme a ella; aunque muchas veces quando le avisauan de algo desto bajaua acompañado de vn criado, y si era la primera vez que acudia, la decia: Pues, nuestra hermana, que se ofrece por aca? mire que no ofenda a Dios ni la engañe el Demonio a hacer alguna vilessa por interes ó necesidad: confie en Dios, que le ayudará, y yo de mi parte acudiré con cuidado. Y porque viesse que no eran ni hauian de ser solas buenas palabras, dauale limosna y escreuijala con las demas, para acudirle con cuidado para su necesidad y de sus hijos, si los tenia. Todas las semanas visittaua las carceles y los hospitales, y para esto tenia de ordinario diputado el viernes: animaua a los presos y enfermos, y consolaualos con buenas palabras y limosna, segun la necesidad de cada vno. Los dineros que podia juntar de restituciones y de las confirmaciones, tenia particular cuidado que no se perdesse vn real; y como si fuera vn hombre el mas avaro del mundo, velaua en guardarlos para solo los pobres, sin permitir que criados ni otra persona tomasse, como suelen, algo de las confirmaciones, porque decia: que aquello era de los pobres, y no conuenia que el que no lo era entrasse en parte con ellos. De algunas destas limosnas y de lo que pudo juntar de su pobre renta, compró vnos solares junto a S. Francisco, y algun ganado bueno, de que hizo una estancia y la dió para hacer vn hospital para curar los naturales, como se hizo y dura muy acrescentado por el cuidado de los padres de S. Francisco, que le tienen con gran caridad a su cargo; y para authorisarle mas le sacó el Obispo vn gran jubileo para el Domingo de Laçaro, como tanuien al de los españoles sacó otro para el Domingo de Ramos. A tanto llegó su caridad y desseo de hacer bien a los pobres, que viendose sin dinero que darles, vendió su pectoral, que era de valor de mill y ochocientos pessos, y los dio de limosna; y por el mismo camino iua la vajilla, y las fuentes de plata de su pontifical casi siempre andauan empeñadas. Acontecia, mandando dar algunas limosnas, escusarse el mayordomo con que no lo hauia; y llamandole aparte le preguntaua diciendo: Ahora digame la verdad, que dinero tiene? Y solia decir que no hauia

en

en cassa mas de ocho reales para el gasto, y a veces solos quatro, y de esto le hacia dar la mitad, que harta ventura era quedar siempre con algun dinero mientras el Señor probeia de mas. Y el Sr. por quien se daua, tenia cuidado de que nunca le faltasse, y por donde nadie pensaua le embiaua lo necessario para si y para sus pobres. Y mostrandose al mayordomo, o dandosele, le decia: confie P., en Dios, y sepa que si me huuiera dado todo lo que tenia, nos huuiera el Sr. embiado mas. Comun dicho era entre la gente de su cassa, que milagrosamente le probeia el Padre de los pobres de dinero para que les diesse limosna. Vna persona honrada, obligada de la necesidad, se llegó vn dia a pedirle limosna. Doliosse mucho pareciendole persona de verguença, y mandó al mayordomo que sin replica le diesse todo el dinero que huuiesse en cassa, y no hallandose mas de ocho reales se los dio, pidiendole perdonasse, que por entonces no hauia mas, que haviendolo tendria cuidado de acudir a su remedio; y no se detuuó el Señor en acudir a quien no hauia dado solo lo superfluo en limosna, sino quanto tenia para el sustento suio y de su cassa. Aquella misma noche apretó los cordeles a vn hombre que hauia diez años que tenia a cargo la restitucion de quatrocientos pessos, y le hizo que sin esperar a la mañana, se embarcasse de noche y viniesse desde Cauite a Manila y al amanecer se los entregó al Obispo, sin hauerle hablado jamas, porque el hauerse quedado sin dinero alguno, pedia que el Señor diesse toda aquella priessa al que hauia de remediar la necesidad urgente del que, por remediar las de los pobres, la tenia tan grande. Quando el Obispo se vió repentinamente con quatrocientos pessos, dió gracias al Señor, de cuiá mano los reciuia mas que del que los hauia traído, y luego hizo llamar a la persona a quien el dia antes hauia dado solos ocho reales, y le dixo: por lo poco que os di y lo mucho que os quisiera hauer dado, me ha enuiado el Señor algunos dineros, tomad estos sinquenta pessos y dadme el que haier os di, que es el que ha traído todo esto; y mirad que gasteis bien esto que os doy, y quando os vieredes en prosperidad, procurad ser liberal con los pobres. Prometiolo assi el buen hombre y en breue tiempo le dió Dios (en cumplimiento de lo que el Sto. Obispo le hauia dicho) tantos dineros, que trujo quatrocientos pessos y se los dió para que los repartiessse entre pobres. Los demas que le hauian quedado al Obispo, no los gastó en su cassa, que era tan de pobre como otras, antes publicó en la Iglessia que tenia dineros que repartir, que acudiesen los pobres a su cassa, con lo qual los distribuyó como desseaua, muy presto; y enseñando el real de a ocho que al principio hauia dado, decia con mucha gracia y alegría: este pesso es solo para mi, por hauer sido el que tantos ha traído.

Estando el Obispo comiendo, y a su messa los primeros fundadores de la Prouincia del Santo Rossario, que eran recién llegados a la Ciudad de Manila, llegó vn pobre a pedir limosna. Dióle el Obispo vn pesso, y pareciendole al pobre poco, replicó mostrando no hauersele dado lo que hauia menester. Parecioles a los presentes mucha demassia y aun atreuimiento lo que hauia vssado el pobre, y assi, dijeron al Obispo que le despidiesse, pues se le hauia dado bastante limosna; que no se podia de vna vez acudir a toda la necesidad. Passó el Obispo por ello; pero antes de mucho se le enterneció el coraçon, considerando que el pobre no iua contento, y arrasados los ojos de lagrimas dijo: llamadme aquel pobre, que sin duda es mucha su necesidad, pues le obliga a ser importuno. Voluió el pobre y aumentole la limosna, con que viendolo contento lo estuuó él tanuien y le embió con Dios.

G 2

Otra

Otra vez le sucedió anochecer con quince pessos (que aunque para personas de su dignidad eran niñerías, para el que todo lo daua era riqueças) y a la mañana antes de las nueue estar sin blanca, que se lo hauian lleuado ya los pobres. Solia decir: haciendas de obispos hanlas de guardar los pobres, que son sus propias bolsas, y mientras la mia no estuuiere en ellos, entenderan que me leuanto con ella; y no paraua ello en palabras, sino que conociendo su verdad lo ponía en execucion, de donde le sucedía muchas veces no tener para el gasto ordinario de su cassa, porque atendía a la necesidad ajena y no atendía a lo que a él le faltaría. Quando fue de Nueva España a Manila, fueron en su navío mas de veinte Religiosos de San Augustin, a los quales faltó el agua en la mar. Tuuoles lastima el Obispo, y aunque él no lleuaua tanta que pudiesse suplir la necesidad de tantos, quiso mas padecerla con los demas, que verlos padecer a sus ojos, y assi les ofreció que veuiesen de la que él traía en su martabana, que es vna tinaja grande que suelen cauer veinte cantaros de agua. No les dió la necesidad lugar a no admitir lo que tan de voluntad se les ofrecía, y veuiendo todos de ella, fue el Sr. seruido que durasse hasta tierra de aquellas Islas, porque assi lo pidió en la oracion el Sto. Obispo a Ntro. Señor, a quien no es nueuo ni raro multiplicar la comida y veuida, porque no falte a los que por piedad se ponen en semejantes necesidades. Esta virtud le hizo mirar por el bien de la Republica de la Ciudad de Manila, procurando que los padres de la compañía enseñasen buenas letras a los que quisiesen estudiar; y para questo fuesse perpetuo, negoció con la Magestad Catholica alguna renta para los Religiosos que hauian de ser los maestros. Respondió Ntro. Catholico Sr. por su Real Cedula dada en Barcelona, año de mill y quinientos y ochenta y cinco, diciendo: Reuerendo en Christo, P. Fray Domingo de Salazar, Obispo de las Islas Philipinas de mi Consejo. Tres cartas vuestras he receuido, y vista la buena relacion que dais del mucho fructo que se sigue y se podrá seguir de que ai se conserue la Religion de la Compañía de Jesus; y como para que haya efecto es necessario que por mi sea socorrida con lo que conuinere para la instruccion de los Religiosos que entendieren en enseñar y instruir en la latinidad, sciencias y buenas costumbres, a los que acudieren entretanto que alguno se ofrece a hacerlo, he acordado de darle cedula, que será con esta, para que el Presidente de esa Audiencia y vos platiqueis como se podrá acomodar, &. De la misma piedad dimanó el beneficio grande que para todos los naturales hizo, procurando que en Manila se edificasse vn hospital para que en él se curasen los indios enfermos que huuiessen; y acudió con tantas veras a esto, que no solo fue el principal que en ello entendió, mas dió la principal y primera limosna para su fundacion y dotacion, en cuyos principios le sucedió vn casso digno de su virtud y prudencia. Atendian a la cura destos enfermos los Religiosos de San Francisco, y particularmente vn hermano llamado Fray Juan Clemente; y como la enfermedad que mas de ordinario se curaua eran bubas, que es muy frequente en aquellos indios, por andar en el agua, passauasse mucho con ellos, y mas con ellas, cuya cura era de ordinario poco honesta, y como tal, el Religioso se determinó a dejarla, y de hecho pidió al Obispo licencia para salirse del hospital. El Obispo, que tenía conocida la conciencia de Fray Juan, y vía en lo que estaua su desconsuelo, lo animó, consoló y exortó a no dejar por tales tentaciones la buena obra y oficio comenzado, traiendole para ello santas y deuotas razones, y al fin le dixo: ayune, hijo Fray Juan, tres dias en

1585.

la

la semana, dese vna diciplina y tenga su hora de oracion, y de lo demas yo me encargo y lo tomo a mi cuenta. Casso marauilloso, que con el buen consejo dicho y la oracion que por él hizo el Obispo, se halló Fray Juan tan consolado y tan otro, que no sintió mas la menor pesadumbre ó inquietud, y como quien hauía ya puesto todas estas dificultades en otra persona, no las sintió mas en sí, traiendole antes tan apretado que por no caer quería huir, que en esta materia es vencer.

CAPITULO VEINTE Y SIETE.

De otras cosas del santo Obispo, su ida a España, y muerte en Madrid.

ATantas y tan exelentes virtudes como el sieruo de Dios tuuo, no era mucho se siguiesen algunas obras marauillosas. Muchas son las que se han quedado en oluido, que las que se pueden referir: lo vno el santo Obispo las procuraua encubrir, y lo otro no huuo quien cuidase de hacer memoria dellas; y assi es mas de marauillar que la haya de algunas, que no el haerse perdido la de muchas. Vn canonigo que asistía siempre al Obispo, y cassi siempre andaua con él, se halló vn dia en las cassas que el Obispo labraua y fueron las primeras que en aquella tierra huuo de piedra: estando, pues, sobre las vigas mas altas, que era la cassa de dos altos, le llamó el Obispo, y yendo el canonigo, al voluer el cuerpo se le fueron los pies de sobre la viga en que estaua y cayó. Violo el Obispo, y con la presteça que el casso pedia lo encomendo a Dios. Fue cosa milagrosa, que el canonigo se quedó colgado de los pies en la viga, atrauesandosele por encima de ella sin sauer como ni de que manera; pero con tanta fuerça, que se pudo sustentar assi hasta que le vinieron a ayudar y le quitaron de tan gran peligro. El mismo canonigo decia y contaua muchas veces, que quando el Obispo se retiró de Manila a el Partido de Batan y otros pueblos de Indios, forçado de los muchos agrauios que se le hacian, sin hallarse otro remedio mejor que ausentarse, fue el dicho canonigo con él acompañandole en aquellos caminos, y en espacio de vn mes fue necesario enuiarle el Obispo quatro veces a Manila por pleitos que hauía, para lo qual era forçoso passar la mar que hay desde aquella tierra a la ciudad; y siendo assi que en el mismo tiempo y paraje por donde él navegaua se perdieron embarcaciones que iuan y venian, nunca él padeció tormenta ni se vio en peligro, atribuyendolo todo a las oraciones del sieruo de Dios que le enuiaua. Vnos Indios pasauan desde vn puesto que llaman Isla Verde para ir a otra isla llamada Mindoro en vna embarcacion pequeña quales ellos suelen vsar (que llaman Parao); y es la mar tan terrible y de tan grandes corrientes, que aun las naos grandes temen aquel paraje. Sobrevinoles a los Indios vn viento recio y alborotó la mar mucho mas de lo que podía sufrir su pequeña embarcacion, y assi se les llenó de agua sin que pudiesen achicarla, porque era mas la que la mar les entraua que la que ellos podian echar fuera. Iua entre ellos vn fiscal del Obispo, que aunque indio, tenía bien conocida y notada la santidad de su Prelado, y viendose a las puertas de la muerte, començo a dar voces diciendo: Jesus sea conmigo y con nos-

otros